

Los Dos Mundos

REVISTA DE CIENCIAS, ADMINISTRACION, BELLAS ARTES Y POLÍTICA

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 18 Y 28 DE CADA MES

Año I

Madrid 8 de Octubre de 1883

Núm. 28

REDACCION Y ADMINISTRACION: RUIZ, 18

SUMARIO

Impresiones de la decena, por Juan Cervera Bachiller.—*Antevsario de Colon*, por Francisco Javier Balmaseda.—*Tierra! Tierra!* por Angel Lasso de la Vega.—*Brevísimas consideraciones acerca del descubrimiento de Colon ante la ciencia*, por Joaquin Olmedilla y Puig.—*Revista extranjera*, por Antonio Balbin de Unquera.—*Colon: En sueños*, por S. Rueda.—*Cuba*, por M.—*Filipinas á Colon*, por Graciano Lopez y Jaena.—*La fiesta del 12*, por X.—*Algunos pensamientos*, por R. Vega Armentero.—*Noticias varias*.—*Advertencia*.

IMPRESIONES DE LA DECENA

Confesamos sin rebozo que nos tiembla la mano al tomar la pluma para trazar á grandes rasgos la crónica de la última decena.

Han sido tales los acontecimientos que durante ella se han realizado, y tales pueden ser, ó más bien serán, las consecuencias que de ellos broten para la política, así interior de España como internacional, que el espíritu más sereno y el ánimo más audaz sienten pavor al fijar la atención en los graves problemas que hoy tenemos delante.

¿Quién se atrevería en los presentes momentos á fijar ni á indicar siquiera los perfiles de lo que en un plazo quizá no largo pudiera suceder?

El horizonte político está cubierto de nubes, lo mismo que los horizontes naturales suelen ponerse en estos días precursores del invierno. ¡Que la Providencia disipe la borrasca y haga lucir pronto días más tranquilos y serenos!

El Rey D. Alfonso XII había realizado la parte principal de su viaje al extranjero: Austria, Baviera, el imperio alemán y el libre reino de Bélgica habían acogido al monarca español con el afecto y la cortesía que la tradicional galantería española para los extranjeros se merece como justa reciprocidad. Todas esas naciones habían saludado con respeto profundo á la alta representación de España, que el Jefe del Estado lleva siempre en su persona: festejos y solemnidades, honores y aplausos, todo había parecido poco á los monarcas, á los ejércitos y á los ciudadanos de aquellos nobles pueblos para obsequiar al príncipe español y honrar en su persona á España entera.

Pero ni hay existencia sin dolor, ni cielo sin celajes, ni placer sin alguna amargura.

Y estaba escrito que precisamente en el pueblo que mayores consideraciones y más vivas simpatías debe á España, había de ser donde ese concierto de bizarros sentimientos encontraría su nota discordante y su solución de continuidad.

Al hacerse público el proyecto del Rey de concurrir á las grandes maniobras militares de Alemania, á que había sido invitado por el anciano emperador Guillermo, el embajador francés en Madrid hizo al Rey presentes los deseos de su Gobierno de que atravesase la Francia y visitase oficialmente á París, pues esto constituiría una satisfacción y un honor para la vecina República, que por tantos conceptos debe cultivar la amistad de los españoles. Creyóse natural y sincera la invitación, y fué aceptada. ¡Nunca lo hubiera sido!

Cumplimentados los Reyes de Bélgica, don Alfonso se dirigió á la antigua Lutecia, con propósito de permanecer entre los parisienses algunos días y aceptar noblemente la hospitalidad y los obsequios que el Gabinete francés le brindaba, empezando por recibirle en la frontera con los honores debidos á su alta jerarquía y á su calidad de Jefe supremo de un Estado amigo.

Llegó por fin á París, y allí fué la decepción, pero una de esas decepciones de que no hay ejemplo en la historia de los pueblos cultos.

En la estación le recibieron varios miembros del Gobierno con el presidente de la República á la cabeza: no hubo ciertamente calor por parte de la representación de Francia en este primer acto de cortesía; pero al fin y al cabo se cumplieron con más ó menos exactitud las prescripciones de la etiqueta.

Mas tan pronto como el carruaje que conducía al monarca español abandonó la estación de la vía férrea, estalló la tormenta con todos sus incomprensibles horrores.

Una nutrida muchedumbre de miserables, excitados por varios de los jefes del partido intransigente francés, escoria y vergüenza del buen pueblo de París, hizo una manifestación que sólo á gente cobarde y sin la menor noción de lo que son las leyes del derecho internacional y de la hospitalidad pudiera ocurrírsele.

Aquel populacho desenfundado y ebrio prorumpió en salvajes gritos de indignación y en

asquerosos insultos al Rey de España, clamando como furias: «¡Abajo el Rey Alfonso! ¡Abajo el coronel hulano!» y profiriendo otras groserías por el estilo.

Ningun motivo había para esa manifestación tumultuaria; pero no habiéndolo, y queriendo á toda costa aquella chusma vil pisotear el nombre de España, tomaron pretexto de una circunstancia puramente casual y que ninguna significación podía tener entre personas de buen sentido: el Emperador de Alemania acababa de nombrar al monarca español coronel honorario de un regimiento de hulanos, siguiendo una costumbre tradicional entre los soberanos de las naciones del Norte de Europa, honor que D. Alfonso no hubiera podido declinar sin menoscabo de su prestigio y de lo que aconsejan las relaciones internacionales.

Esto bastó: ya tenían las turbas desarrapadas de París un cabello á que asirse, y á él se asieron. ¡Ah! es que aún recuerdan con pavor que una avanzada de hulanos bastó sola para imponer y cobrar un tributo en una de las principales ciudades francesas en 1870, sin que entonces un puñado de esos valientes patriotas se atreviera á ir á hacer frente á aquellos cuatro soldados germánicos.

La manifestación fué creciendo: los silbidos, los ¡muera! y las injurias arreciaban por momentos y acompañaron á D. Alfonso desde la estación hasta cerca de la embajada española, en cuyo palacio se hospedó, sin que en tan largo trayecto pusieran coto á tamaños desmanes ni la policía ni las fuerzas de que el Gobierno francés pudo y debió disponer. Y es que el presidente de la República y el Gabinete que le aconseja no se atreven á sacudir la presión que sobre ellos ejercen las masas rojas de la hez del pueblo francés.

Abandonado por el Gobierno que le había ofrecido hospitalidad y había implorado su visita, el Rey D. Alfonso supo, sin embargo, afrontar sereno aquella bacanal inmunda, mostrándose por todo extremo á la altura de la proverbial altivez española.

Por desgracia, ni esto fué suficiente para desarmar aquellas turbas de bribones: al abandonar el Rey la embajada para visitar al jefe supremo de Francia, acto que bien merecía

apreciarse de otra manera, las hordas que le aguardaban en las calles repitieron sus anteriores manifestaciones, llegando hasta la amenaza y hasta el punto de arrojar piedras al coche real, y quizá no se hubieran detenido aquí si no les hubiera burlado la ligereza del carruaje y la presencia de ánimo del cochero.

Al propio tiempo que estos brutales atentados tenían lugar en las calles, la prensa radical vomitaba todo el repertorio de sus improprios contra el Rey de España y por todas partes se vendían hojas y folletos que por ser verdaderos libelos sólo merecen el desprecio de las almas honradas.

Tales y tan singulares acontecimientos produjeron, como era lógico, una tirantez formidable entre el monarca español y el Gobierno de la República, que obligaron á nuestro Consejo de Ministros á rogar á D. Alfonso que inmediatamente recobrará el incógnito y abandonase á París, retirando á nuestro embajador cerca de la República. Cuando el presidente, Mr. Grevy, supo estas resoluciones y comprendió su gravedad, apresuróse á visitar á D. Alfonso, darle toda clase de satisfacciones y pedirle encarecidísimamente que no dejase tan pronto á París, y que al ménos no rehusase asistir al banquete oficial que se había preparado en su obsequio en el palacio del Elíseo, residencia presidencial.

Negóse al principio el Rey á acceder á las súplicas de Mr. Grevy, mostrando una alteza de miras y un sentimiento de altivez española que han colocado el nombre de nuestro jóven monarca á la altura de los más prudentes y discretos príncipes; pero, por último, defirió á la insinuante insistencia del presidente de la República, dando así un último testimonio de simpatía á Francia, cuyos sentimientos como nación amiga no pueden ciertamente confundirse con los de unos cuantos millares de hijos bastardos suyos.

Lo que luégo sucedió todo el mundo lo sabe: D. Alfonso abandonó despues del banquete á París y en tren rápido se dirigió á Madrid.

Y Madrid, en representación de España entera, rindiendo al amor patrio y á la dignidad ultrajada ese ferviente culto que sólo en momentos solemnes rinden á su propio honor los grandes pueblos, dispensó al Rey el día de su entrada en la corte una ovación tan universal, tan entusiasta y tan patriótica como no se recuerda otra por la actual generación. Todas las clases sociales, todos los partidos monárquicos, todos los que anteponen el santo amor de la patria á las pequeñas pasiones, tomaron parte con vivo entusiasmo en esa explosión del sentimiento nacional, que constituye la más firme protesta contra las demencias de la canalla parisiense y contra la indisculpable tolerancia—ya que no digamos la ineptitud—del Gobierno de la República, con las honrosas excepciones del presidente del Consejo, Mr. Ferry, y del ministro de Relaciones exteriores, Mr. Challemel Lacour, que han dado en esta ocasión pruebas de no común entereza.

Tales son á grandes rasgos trazados los acontecimientos que tan poderosamente han sobrescitado la opinión pública últimamente, en España primero y despues en toda Europa.

Por lo demás, ya hemos dicho que no puede culparse á Francia entera de complicidad en estos deplorables sucesos, pues tanto valdría declararla un pueblo de insensatos y de suicidas. Pero no puede perderse de vista que una nación, que tamaño cáncer lleva en sus entrañas, está irremisiblemente perdida si pronto no busca la

medicina y aplica el cauterio que corte de raíz la enfermedad que la devora.

Esas turbas de foragidos que hoy insultan en París al jefe de una nación amiga, mañana se apoderarán del Gobierno, á la primer revuelta, y harán lucir de nuevo para Francia los tristísimos y desoladores días de la *Commune* con todos sus horrores y todas sus abominaciones.

Pero aparte estas consideraciones, el buen nombre de España exige una reparación completa: el ministerio Sagasta la ha exigido ya terminantemente al Gobierno de la República, y nosotros confiamos que el Gobierno de París la dará cumplida, respondiendo así á la noble indignación que los sucesos descritos han despertado en toda la parte sana del hidalgo pueblo francés. No hacerlo así, sería querer que Francia se quede aislada en medio de Europa y atraer sobre sí las miradas de todas las potencias, que no pueden ver con serenidad que el volcán ruja constantemente en el seno del viejo continente, amenazando producir una perturbación general.

Así y todo, parécenos difícil que Francia pueda evitarse una guerra en plazo no lejano, guerra que pondría en grave peligro la República. ¡Ojalá que la cordura se abra camino y que el amor á la libertad y á la paz triunfen de todas las miserias y de las intransigencias todas!

Nada queremos decir en estos momentos que pueda tener asomos de apasionada censura. Antes de realizarse el viaje de S. M. combatimos discreta y respetuosamente ese proyecto en nuestra crónica del 28 de Agosto último, como le combatían los personajes más eminentes de casi todos los partidos y grupos que figuran en el campo de nuestra política activa: si el Gabinete Sagasta hubiera tomado en cuenta las prudentes observaciones que se le hacían entonces, habríanse evitado los acontecimientos que hoy deploramos todos. Pero no insistiremos en este punto: las censuras podrían parecer antipatrióticas hoy; ya vendrá el día de las responsabilidades, y ese día las Cortes sabrán cumplir su elevada misión.

En tanto, los acontecimientos han impedido la resolución del problema político que há tiempo está latente: el ministerio Sagasta, que tan difíciles y delicadas cuestiones tiene ante sí, quizá por consecuencia de su falta de tacto, no puede plantear hoy por hoy la crisis: antes debe buscar solución á los presentes conflictos, pues no sería justo, racional ni medianamente político que otra situación y otros hombres vinieran á asumir responsabilidades ó á vencer dificultades que no les corresponden.

Por estas razones, el Gabinete en los consejos celebrados en los últimos días ha acordado, á lo que parece, acallar por ahora sus disidencias y continuar al frente de los negocios, quizá hasta la próxima apertura de las Cámaras.

Violenta y crítica es, á no dudarlo, la situación del Ministerio; pero hay necesidad de afrontar las situaciones difíciles, aunque sea arrojando una existencia lánguida y anémica.

Así lo entienden también los jefes de los partidos que pudieran esperar la herencia del poder, y todos han convenido por repetidas conferencias—que á la verdad no escasean estos días—en la necesidad de no hostigar al Gabinete Sagasta y aplazar el planteamiento del problema político para el momento oportuno, aconsejando entre tanto que se convoque pronto á las Cortes, como exige la buena doctrina parlamentaria.

Esperemos, pues, seguros de que el porvenir

cortará ese nudo gordiano de nuestra política, que parece ahogarnos á todos desde hace algún tiempo.

JUAN CERVERA BACHILLER.

ANIVERSARIO DE COLON

El descubrimiento de América, que vamos á conmemorar el 12 del presente Octubre, es el hecho más notable de la Historia. Un genio portentoso, protegido por una Reina egregia, cambió ese día los destinos del mundo.

Cristóbal Colon fué el más grande de los hombres; ninguno ha influido tanto en el encadenamiento de los sucesos.

Creía hallar un paso para las Indias al través del Atlántico, y aunque era una teoría equivocada, tenía el mismo convencimiento de encontrar tierra, navegando hacia el Occidente, que tuvo Galileo, ante cuyas plantas se movía el planeta. Vivió en un siglo de profunda oscuridad; pero para el genio, la noche guarda en su seno rayos de luz.

Figurémonos cuánto sufriría aquella naturaleza privilegiada, aquel sér incomparable que traía en su mente un mundo, al verse considerado como visionario en las cortes de Inglaterra y Portugal, y por Génova, su patria; y fuertemente contrariado por las preocupaciones religiosas de su época, como que conforme á la interpretación que se daba á los textos sagrados, no era posible la vuelta del que se internase en las misteriosas soledades del Océano.

¿Cuál hubiera sido la suerte de España sin este hecho maravilloso, es decir, sin Cristóbal Colon y sin la excelsa Reina Doña Isabel la Católica, que le tendió una mano protectora; Reina superior á los hombres de Estado de su tiempo, y que no sólo es gloria de España, sino de toda la humanidad?

Se ha dicho que el descubrimiento del Nuevo Mundo ha sido una desgracia para esta nación. Este es un error apenas disculpable en aquellos que se sientan animados de ideas generosas y sean capaces de una crítica justa. Sin ese descubrimiento, que sobrevino á la caída del imperio árabe, los indomables guerreros que acababan de colocar la cruz en las cúpulas de las mezquitas donde por siete siglos se ostentó la media luna, hubieran vuelto sus espadas contra el seno de la patria en interminable guerra civil, y no hubiera sido fácil la unidad nacional, ni se hubiera ensanchado el genio de los españoles. Por otra parte, ¿vale tan poco la gloria de haber extendido el radio del cristianismo; haber fundado el imperio de Carlos V, más vasto que el de la antigua Roma, y haber generalizado en ochenta millones de hombres el idioma de Cervantes? Sin ese descubrimiento se hubieran realizado en Europa las tristes predicciones de Malthus; no hubieran brotado las naciones americanas, que son centro de la democracia y poseedoras del porvenir de nuestra especie, ni trataríamos ahora de reunirnos el día 12 del actual para abrir nuevos cauces á la fraternidad entre dos mundos, poblados y civilizados por los mismos que en Covadonga enarbolaron el lábaro de Cristo.

Cuando en Granada se consolidó la independencia de la patria de Viriato y de Pelayo, surgió de las olas la América; la Reina Isabel cerró con aquel broche de oro el libro de la Edad Media y abrió las páginas brillantes de la edad moderna, donde debían leerse las portentosas hazañas de Cortés, Pizarro, Quesada, Vasco Nuñez de Balboa y tantos grandes capitanes; y despues las inmarcesibles glorias de Bolívar, Paez, Sucre, San Martín, O'Higgins,

Morelos y los demás héroes de la iliada americana.

Obsérvese cómo van eslabonándose los acontecimientos; cómo van cambiando los hombres y marchando las ideas; cómo aparecen nuevas generaciones para abrir campo al progreso del género humano, y cómo, al través de un largo calvario, la libertad es colocada en el templo y las vestales encienden el fuego sagrado que no podrá jamás extinguirse en América.

Esto prueba que cada siglo es representante de una idea, y que la ley del progreso es ineludible y eterna. Todas esas transformaciones sociales y políticas tienen un fin: el bien de nuestra especie.

Las naciones hispano-americanas, cuyas riquezas naturales exceden á cuanto ha inventado la fábula, sienten la necesidad de unirse entre sí y en lazo estrecho de amistad y comercio con su antigua metrópoli, después de casi una centuria de completa separación; separación en que han sido sacrificados los intereses de los pueblos al capricho del despotismo y á la pueril política de hombres de Estado incompetentes, como lo fueron los que rodearon al Rey D. Fernando VII.

Debemos detenernos en este punto: los Estados hispano-americanos han venido á la vida política por la ley histórica del progreso. Este fué un hecho necesario, conveniente, providencial. No era posible la dominación perpetua tratándose de tan dilatadas y lejanas naciones, que tenían todos los elementos adecuados para emanciparse, gobernarse por sí, y procurar su dicha por los medios que la naturaleza ha señalado á las sociedades civiles.

Sellóse en los campos de batalla en 1824 la independencia del Nuevo Mundo, y sorprendido el Rey Fernando, como si se le despojase de su patrimonio, no pudo concebir la idea de que, perdido para siempre el gobierno material, quedaba á España la influencia comercial, que suele ser superior, y quedaba la fuerza colectiva de la unidad de la familia española de ambos continentes. Ejemplo insigne le había dado Inglaterra, que tras una breve lucha de nueve años reconoció la independencia de sus colonias y celebró con ellas un tratado de paz, amistad, comercio y navegación, que le ha valido mil veces más que la posesión material.

La gloria imperecedera de Inglaterra, la que no tendrá igual, es haber fundado los Estados Unidos de América.

A nosotros no nos admira que el monarca absoluto, que en odio á la libertad había aplicado el martirio á los mismos que rompieron las cadenas con que lo había aprisionado Napoleón I, diese muerte al vasto comercio español en América, no ocurriendo al expedito medio de los tratados y anulando en términos desastrosos é increíbles la labor de los españoles durante tres siglos en que los pueblos del nuevo continente estaban tan acostumbrados á los productos de la metrópoli, quedando así acentuada la decadencia de España, que tuvo su punto de partida en la guerra, también de emancipación, de Holanda; lo que nos causa asombro es que viniese la época presente, época de luz, de movimiento, de progreso, en una palabra, de regeneración, y que al subir al solio una inocente niña, que simbolizaba la libertad y que dió después á España días de gloria, se viese rodeada de los más ilustres personajes, y á ninguno se le ocurriese unificar la familia española de los dos hemisferios, como el elemento de prosperidad que le quedaba á su patria, y como poder nivelador en la balanza política. Ciertamente este es un fenómeno digno de estudio: el profundo é infundado sentimiento por hechos con-

sumados á principios del siglo ha durado hasta hoy, ahogando la voz de la justicia, del interés y de la propia conservación; y hemos visto á España abandonar por su voluntad los mercados americanos, que había formado con su sangre, con su oro y con su perseverante trabajo; entregarlos á la actividad de Inglaterra, Alemania y Francia; aislarse para empobrecerse, y no reconocer á sus hijos porque habían llegado á la mayor edad!

Pero estos son felizmente otros tiempos, otro el monarca, otros los consejeros de la Corona, y otro el espíritu que guía á los pueblos. La tolerancia y el amor se han hecho camino, y se ha elevado á la categoría de principio invariable, que producir y buscar mercados consumidores es la única senda de la prosperidad de las naciones.

El día 12 del actual van á quedar fijados los nuevos rumbos de la alta política de España y de las naciones que le deben su origen; y para que no se olvide en tan solemnes momentos, estimamos oportuno expresar, á nombre de aquellas naciones y por nuestra propia cuenta, que se trata de la unión de la familia española, sin otras miras que fomentar los intereses recíprocos, así intelectuales como materiales, y sin reconocer las líneas de separación de las razas. Esto sería abominable y mezquino. Lo mismo pertenecen á la familia española, en el campo de estas ideas, el primitivo habitante del Anahuac ó del imperio de los Incas, que los hombres que en su principio vinieron de las márgenes del Níger, con tal de que habiten allí donde en otro tiempo tremoló la bandera de los castillos y los leones. No hay razas: lo que hay son hombres, lo que hay es España y la América española, unidas por los lazos del afecto para procurarse la perfectibilidad, mediante el cambio de ideas y de productos, cambio que traerá el desarrollo de la riqueza general, el respeto recíproco y el vuelo rápido de la ilustración, á la que servirá el habla castellana de alambre conductor entre Europa y los pueblos hispano-americanos.

Terminaremos proponiendo que se abra una suscripción en todo el mundo y se levante una estatua colosal al ilustre genovés en Palos de Moguer, de donde partió la grandiosa y afortunada expedición de los argonautas del siglo xv. Para esto sería conveniente ofrecer un premio al autor del mejor diseño, y quisiéramos al mismo tiempo que en la piedra ó el bronce del obelisco ó del pedestal en que se coloque se tribute un homenaje á la memoria de la Reina Católica, de D. Martín Alonso Pinzón y de los demás compañeros del insigne navegante.

El descubrimiento de América derribó las columnas de Hércules, el antiguo *non plus ultra*, y la Historia lo ha restituido al escribir con letras de oro, tratándose de Colón, que no hay más allá; ningún mortal le ha igualado, ni le igualará en los futuros siglos.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

¡TIERRA! ¡TIERRA!

BALADA DE LUISA BRACHMANN, POETISA ALEMANA

I

—¿Por qué tu faz tan pálida así advierto?
¿Qué malas nuevas á anunciarme vienes?
—Capitán, imposible es que contenga
por más tiempo en razón á nuestra gente.
Si el avistar la costa se retarda,
perdido estais, pues vuestra sangre quieren.—
Y no bien esto dijo, allí en desórden
la multitud furiosa llegó en breve.
A aquel rumor de las inquietas olas
que veloces acuden y rugientes
al apacible puerto, parecía

el sordo murmurar de los rebeldes.
—¡Traidor! ¿En dónde está —claman furiosos—
tu bello y prometido continente?
Del hambre y la fatiga nos liberta,
y si tú ni el sustento darnos puedes,
danos tu sangre sin tardanza.—El hombre
sobre el cual ya la gloria allí se cierne,
el genio, á aquel rencor y rabia fiera,
la dulzura á su vez muestra del héroe.
—Si mi sangre os contenta, no os la niego;
tomadla, pues; pero dejad que aún llegue
á mirar de ese sol enrojecido
los sagrados fulgores en Oriente.
Si mañana aún no veis ribera alguna,
yo mismo á todos pediré mi muerte;
mas seguid hasta entónces nuestro rumbo,
poniendo en Dios la confianza siempre.
—Como dices se cumpla; mas si acaso
el nuevo sol la salvación no ofrece,
su luz brillante por la vez postrera
habrás visto, y vivir no más esperes.

II

Y el sol bajaba al horizonte haciendo
lugar inmenso á las nocturnas sombras,
y el pecho del piloto se oprimía
con penosa inquietud allí á sus solas.
A los ignotos y desiertos mares
hacían estremecer las anchas proras,
y una á una en silencio se mostraban
las fugaces estrellas luminosas.
Mas ¡ay! que la esperanza no se ofrece
ante el insigne nauta. ¡Están remotas
la salvación, la tierra!... El sabio vela
en la noche en que está su vida toda;
su anteojo en la diestra, y siempre fija
en Occidente su mirada ansiosa.
—¡Vuela, mi nave, hacia el Oeste, vuela!
¡Oh solo objeto de mis ansias todas,
de mis ensueños, hasta tí el saludo
del corazón y el pensamiento corra! —
Mas oid esos pasos presurosos...
¡Qué pesada y qué triste está la atmósfera!
—¿Por qué tu rostro pálido así advierto?
¿Qué malas nuevas en tu faz se notan?
—¡Todo ya acaba para tí! Los rayos
del sol la enseña de mi patria doran.
—Sosiégate, Fernando; esos fulgores,
de la mano de Dios caen en las olas;
de ese Dios que del uno al otro polo
constante vela; á quien poder le sobra
para abrir á las almas que fe tienen
los caminos que llevan á la gloria.
¡Adios, amigos, pues! ¡Hasta ese día
eterno en que la paz sólo se goza! —
El chocar del acero el aire llena,
y su estruendo feroz al mar asorda,
y tranquilo Colón, aquel sendero
se dispone á seguir que al cielo toca,
cuando súbito grito se levanta:
«¡Tierra! ¡Tierra!...» ¡Del genio es la victoria!
Lo que nadie soñó; lo que la ciencia
de Colón esperó en lejanas olas,
allí aparece: el horizonte tiñe
con su color de púrpura la aurora,
y los rayos del sol aquella playa
adivinada por el genio doran.
Todos confusos á los pies del sabio
en tal instante la rodilla doblan,
y arrepentidos todos de su falta
de fe, á su Dios con gratitud adoran.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

BREVÍSIMAS CONSIDERACIONES

ACERCA DEL DESCUBRIMIENTO DE COLÓN ANTE LA CIENCIA

Hemos consignado en uno de nuestros libros, que el mundo que brotó del portentoso genio de Cristóbal Colón al finalizar la decimaquinta centuria, fué cual corriente de caudalosas y cristalinas aguas que llevaron en pos de sí gérmenes de vida y lozanía, convirtiendo en florido vergel lo que ántes era desierto abrasador y estéril. Prescindiendo de la inmensa trascendencia política que tuvo para el mundo entero y principal-